

Villanueva de Cameros

50 años atrás

Texto y dibujos: Blandine Pellistrandi

En cincuenta años parece que Villanueva no ha cambiado. Sigue el pueblo luciendo esta misma imagen antigua. Por supuesto se notan algunas construcciones "nuevas" como las casetas de la Coronilla, el complejo entre el hostel, el bar que era el salón de exposición de la fábrica de muebles, o la gasolinera, que entonces no existía, o por la otra parte del río escasos edificios nuevos o casas renovadas. También han desaparecido edificios como la fábrica de zapatos a la salida del pueblo hacia Madrid que ya se hundió, o más alto en el monte la "caseta" que era un lugar de paseo y de merienda entre los árboles frutales. Pero en estos tiempos, el pueblo lucía de muchos detalles distintos. Quiero recordar estos detalles que se fijaron en mi mente de niña pequeña y que siguen vivos en mi memoria.

Empiezo por la parada del autobús "Martinez" que llegaba de Logroño porque es el primer recuerdo de Villanueva que se me fijó en la mente a los cuatro años. Entonces la parada del autobús estaba en la entrada del pueblo, debajo del jardín de la casa de Encarnita, Marisa y sus hermanas, en frente al bar que existía en aquella época. Es la primera imagen que tengo del pueblo porque fue la primera vez que vine con Ángeles (de Pablo Renta, la tía de Angel y Alberto). Llegamos de París después de un viaje que fue larguísimo, bueno supongo sobre todo para Ángeles que tenía la responsabilidad de llevarme por este largo recorrido. A la bajada del autobús, estaba su sobrino Arturo esperándonos. Naturalmente se abrazaron con mucho cariño y Ángeles dijo: "¿Y a mi niña, no le dais un beso?". Yo llegué a un lugar totalmente desconocido y me encantó de repente. Desde aquel primer momento se me grabaron un montón de recuerdos que hacen de Villanueva un lugar muy especial y muy querido, donde cada año volvemos con mucha alegría.

En la cocina, la pieza principal de la casa, las veo todavía preparando la sopa y los guisos y soplando sobre las brasas que calentaban la cazuela porque naturalmente no había gas para cocinar. Había una gran chimenea y las tías se sentaban al lado del fuego y usaban aparatos antiguos: el molino de café, viejas planchas. Por la tarde, bajaban al cancillo delante de la casa. La verdad es que yo me aburría mucho esperando a que viniera cualquier persona. Pero había encuentros mucho más interesantes que me encantaban: mulas y burros. Braulio, el hermano de Ángeles y Esperanza, solía officiar de veterinario y de herrero y de vez en cuando venía alguno para cambiar las herraduras de su caballo. Yo miraba a Braulio con mucho interés: elegía la herradura, le daba forma sobre el yunque y la colocaba con los clavos sobre la pezuña del animal. Bueno, pues, lo que yo esperaba era cuando Braulio me subía sobre la mula o el burro: ¡que aventura! Yo me sentía tan feliz.

Este encuentro con los animales me encantaba. Se puede comprender: viniendo de París, era un cambio tan grande y hasta entonces no había visto animales de tan cerca.

Así por la tarde íbamos con Marisa a merendar. Era una gran excusión para nosotras. Nos gustaba mucho la Coronilla que entonces era un prado con solamente rocas bastante grandes que nos servía de campo de juego. Una roca era la casa, la otra la escuela o la tienda, la tercera un tobogán. Nuestra imaginación no faltaba para jugar y cuando bajaban las ovejas y algunas cabras del monte, se llenaba la Coronilla de animales. Era como una marea que cubría de repente todo el prado. Nos apresurábamos a refugiarnos sobre estas grandes piedras mientras los animales pasaban. Otras veces, íbamos a merendar en el monte, más encima de la Ermita, a la cruz de madera que había entonces. Desde ahí, se contemplaba una vista esplendida sobre todo el pueblo.

Por las mañanas íbamos a bañarnos en el pozo de las Culebrillas (entonces yo no sabía lo que significaba esta palabra y por eso no tenía miedo de un encuentro desagradable). Salíamos con Marisa y alguna persona mayor hacia el camino del Ollano y pasando los primeros cincuenta metros bajábamos a la izquierda por un caminito para llegar a la orilla del pozo. Lo más importante era el cubo para capturar pececitos y cangrejos. Nos bañábamos con boyas hinchables y nos costaba meternos en el agua porque estaba siempre helada. ¡Naturalmente! Venía directamente del monte. Entonces no había el pantano de Pajares, lo que ahora atrae una corriente demasiado fuerte que impide bañarse. De vez en cuando alguien gritaba "una culebrilla" y todo el mundo salía de prisa del agua y le echaba piedras para hundirla. Pasábamos mucho tiempo en el río. Este río es tan mezclado a la imagen de Villanueva. Además, cuando yo iba a la cama, en la última habitación, a la izquierda de la fachada de la casa grande, había un detalle muy importante: el ruido del río, tan fuerte y tan típico del pueblo. Quien pasea por el pueblo no puede ser insensible a este ruido.



Villanueva de Cameros. 18. VIII. 2014

Pasamos tres o cuatro semanas en la "casa grande", que ahora pertenece a los descendientes de las "Pascualas", la casa en frente del primer puente sobre el Iregua. ¡Ahí hice el encuentro de dos mujeres que me acompañaron toda mi infancia y que me parecían salir directamente del siglo XIX! Vestidas de negro con faldas largas, un chal, unas alpargatas también negras, y peinadas con un moño, la tía Luisa y la tía Irene eran fascinantes. Un día, Marisa me enseñó un documento con la mención de "labradora" para la tía Luisa. Naturalmente yo no sabía lo que significaba. Pero aún más intrigante era la fecha que empezaba por 18... y algo. ¡Vaya, que historia!

o la magia de ese lugar

Hablando de paseos por el pueblo, hay otro detalle de mucha importancia: hace cincuenta años todas las calles eran empedradas, lo que era para mí muy curioso porque en París no conocía más que aceras pavimentadas. Cuando pusieron hormigón en las calles, no me gustó: la modernidad quitaba encanto al pueblo. También recuerdo algunas fuentes: la que está delante del hostel siempre chorreaba de agua y cuando volvíamos del río apreciábamos este agua tan puro y fresco. Hace años que esta fuente se secó, es una pena.

Volvamos ahora a la "casa grande". Encima del piso de las tías, vivían Esperanza y su marido Marcellano. Durante los primeros años, cuando veníamos para el verano con Angeles, nos quedábamos en este piso. Esperanza era la telefonista de Villanueva. En el piso, al lado de la cocina había un cuarto con la cabina telefónica. Esperanza era una persona muy jovial con un carácter fuerte y extrovertido. Naturalmente conocía a todo el mundo, por vista o por voz. La actividad telefónica daba el ritmo a la casa.

Detrás de la cocina, para ir al cuarto de baño, había que pasar por un corredor que desde la cima de mis cuatro o cinco o seis años me parecía inmenso. Este corredor me aterrorizaba porque al final, justo encima del interruptor eléctrico, había un cuadro que me daba pesadillas tremendas: una pintura con colores muy oscuros que representaba un crucifijo con un esqueleto de serpiente al pie de la cruz. Huelga decir que yo hacía todo lo posible para evitar este corredor o ir con una persona mayor que podía darle a la luz mientras yo cerraba los ojos! Este cuadro y este corredor que en realidad no era tan largo me han realmente marcado.

En esta casa grande había lugares de mucho interés. Eran más o menos prohibidos por cuestiones de seguridad porque algunas partes se estaban hundiendo. Pero naturalmente, a nosotros niños, nos gustaba ir a la aventura y sobrepasar las prohibiciones. La cuadra, que sigue existiendo, era fascinante, toda oscura y llena de telarañas. Cuando los ojos se acostumbraban a la oscuridad, se podían ver detalles de la vida agrícola: comederos para animales, herramientas antiguas, sillas de montar llenas de polvo.... En el payo de la casa, también había un montón de viejos objetos y muebles que nos hubiera gustado descubrir pero no nos atrevíamos demasiado por miedo en un ambiente de fantasma. Todo eso no daba materia para imaginar tiempos antiguos.

Hace cincuenta años los lugares de socialización eran varios: dos tiendas, el frontón, el teleclub (debajo de la escuela), los bares y el chamizo.... Poco a poco, algunos han desaparecido: ya no hay tienda, ni teleclub. Estos lugares daban mucha vida al pueblo. Siguen los bares pero distintos. El bar del Nogal ha conocido muchos cambios y se ha ampliado en tantos años. El segundo bar desapareció, mientras uno nuevo, el de los jubilados, abrió.

En verano, esa vida social sigue intensa con unos acontecimientos muy importantes: las novenas a la Virgen de los Nogales y la Fiesta del 15 de Agosto. La verdad es que no recuerdo mucho las novenas de pequeña pero algunos detalles me marcaron: los cantos y las velas durante la procesión del 14 de Agosto. Había en la Ermita un órgano al lado derecho del coro cuando se entra en el edificio que ha debido de desaparecer hace ya muchos años. Me acuerdo de que la asamblea y particularmente las mujeres cantaban

"Sí, hay realmente magia en este lugar, algo único que se encuentra en Villanueva, pero se reserva a los iniciados, los que han visto este pueblo con ojos de niños".

mucho más durante las novenas, en particular el Gozo a la Virgen ("Por tu intercesión...") era totalmente cantado. Para la procesión de la víspera de las fiestas, velas eran distribuidas a todos los participantes y se formaba una cola de luces subiendo de noche de la Ermita a la Iglesia en el alto del pueblo. Era muy bonito. Nosotros, niños, nos fijábamos en las velas y la cera que se caía más que en las oraciones...



Aldamea de Cameros - 20. VIII. 2014

Hace cincuenta años el clima era también distinto. Siempre hacía muy buen tiempo en Julio y Agosto hasta las fiestas. Pero una vez pasadas, a los pocos días, caían tormentas muy fuertes: el río se ponía color chocolate, chorros de agua caían por las calles, la luz se iba del pueblo y entonces todo el mundo encendía velas, lo que daba en ambiente particular a las casas y que nos encantaba, a los niños. Cuando el sol reaparecía cazábamos caracoles que salían por todas las partes, sobre la muralla a lado de la carretera. Nos lanzábamos, entre niños, en cultivo y carreras de caracoles y lo pasábamos realmente muy bien.

Estos veranos estaban llenos de alegría, de encuentros, de paseos, de momentos muy felices en el pueblo, con toda la familia de Angeles, y al contacto de la naturaleza. No necesitábamos nada más para ser felices.

Bastante años después de estos primeros recuerdos, un verano, pasaron por Villanueva unos compañeros de trabajo que venían de Bruselas. Yo les había hablado tanto del pueblo que, supongo, imaginaban, descubrir algo extraordinario. A la vuelta, en Bruselas, me contaron que habían parado el coche y habían dado una vuelta por el pueblo, pero se mostraron un poco escépticos: no encontraban nada particular, ni las casas viejas, ni la "Catedral de los cameros", ni las calles, las fuentes, los montes. Les parecía parecido a otros pueblos y no comprendían este amor tan fuerte a Villanueva. Bueno, yo les dije que: